

*El elemento estético de las representaciones históricas**

Johan Huizinga

El mejor momento para una reflexión histórica de orden general no tiene lugar en los comienzos de una carrera académica sino al final de la misma. Quizás esto es válido para todo hombre de ciencia, pero lo es en particular para el historiador. Como Ranke le escribió una vez a Bismarck: “He pensado siempre que un historiador debe envejecer: una vida plena y el haber asistido al desarrollo de toda una época lo autoriza a expresar juicios acerca de los acontecimientos pasados”.¹ Pero si un juicio claro y bien ponderado sobre la naturaleza general de la historia sólo es prerrogativa de quien ha arribado al término de un largo viaje, ¿qué puede hacer en cambio quien recién ahora se pone en marcha y todavía vislumbra ante sí, en la niebla matutina, la entrada del bosque? Cuando éste es llamado a emprender el viaje como guía de otros es necesario que reflexione seriamente sobre el camino a elegir y sobre las provisiones a llevar consigo. Con este estado de ánimo he intentado trazar las líneas de pensamiento que deberán señalarme el camino en el arduo cargo que hoy asumo. Desde hace ya mucho tiempo una cuestión ha dirigido regularmente el rumbo de mis pensamientos. Así es que en el momento en que los hago partícipes de mis progresos al respecto, mi discurso se torna más bien una confesión. No sé definir dicha cuestión de otro modo más que como “el elemento estético de las representaciones históricas”.

Quien aborda un tema relativo a la teoría de la ciencia histórica entra en un campo en el que el enfrentamiento de opiniones está en pleno desarrollo. Cada paso es peligroso, y es doblemente peligroso si no se elige en seguida de qué lado se está. Pero antes de introducirme en la cuestión son indispensables algunas premisas.

La ciencia histórica, que durante mucho tiempo ha podido seguir su camino sin ser importunada con un conjunto de normas y métodos experimentales, ha sido obligada en el siglo pasado a rendirse cuentas a sí misma y a los otros de la legitimidad de sus dominios y de la independencia de que gozaba. ¿Qué ha convulsionado así a la ciencia histórica? ¿Qué ha causado

* *Het aesthetische bestanddeel van geschiedkundige voorstellingen* es el discurso leído en ocasión del nombramiento de Huizinga como profesor de la cátedra de Historia en la Universidad de Gröningen el 4 de noviembre de 1905. El escrito fue publicado en Haarlem en 1905 y reimpresso en los *Verzamelde werken*, vol. 9, Tjeenk Willink & Zoon, Haarlem, 1948-1953, VII, pp. 3-28. La presente traducción al español ha sido realizada por Max Gurián desde la versión italiana (primera traducción del holandés realizada por Tatiana Bruni), publicada en Johan Huizinga, *Le immagini della storia. Scritti 1905-1941*, Milán, Einaudi, 1993.

¹ A. W. Dove, *Ranke und Sybel in ihrem Verhältnis zu König Max*, Munich, 1895, p. 15.

esas dudas y ese alboroto polémico? Sobre todo el sorprendente desarrollo de las ciencias naturales, que en el siglo XIX hubo de condicionar con fuerza el concepto de ciencia en general hasta hacer que, en un determinado momento, los mismos historiadores, sólo en parte conscientes de esta influencia, debieran preguntarse si una disciplina tan alejada de las ciencias naturales en los problemas, en los métodos, en la naturaleza de los conceptos y en la certeza de los resultados, merecía en rigor el nombre de ciencia. Cuando se fijaron los criterios de ciencia exacta, no quedó más opción que elegir entre negarle a la historia el nombre de ciencia así como esta última era entendida, o modificar los fines y los métodos de la historia hasta el punto de hacerle asumir de allí en adelante las características de una ciencia exacta. Muchos eligieron esta alternativa. ¿Podía evitarse esta decisión en el siglo de Comte y de Spencer? De hecho pareció posible reformar la ciencia histórica en este sentido. Nuevas perspectivas se abrieron paso con el nacimiento de una disciplina que tiene en común con las ciencias exactas su carácter sistemático, y con la historia gran parte de su campo de investigación: la sociología. Esta última, consecuentemente, hacía enérgicos intentos para ocupar todo el campo histórico y reivindicar para sus métodos, sus interrogantes y resultados, el apelativo de verdadera ciencia histórica.

El momento central del enfrentamiento, en el que estaban en juego las principales cuestiones que preocupaban a los historiadores, puede resumirse así: el espíritu de la época exige que la historia sea una ciencia exacta, y la cultura científica de la sociedad se apresta a acceder a este reclamo derrotando a la vetusta disciplina histórica y ocupando su lugar. También puede formularse la cuestión con una pregunta: ¿la investigación histórica debe poder demostrar que posee leyes históricas de validez general equivalentes a las de las ciencias naturales para poder reclamar el nombre de ciencia? A esta pregunta estuvo dedicada el año pasado una elocuente (y negativa) respuesta del magnífico rector saliente.²

Si se tiene en cuenta el segundo punto de vista, es decir la influencia de la sociología en la concepción de la historia, la pregunta debería ser la siguiente: “¿una investigación histórica verdaderamente científica debe tratar con la investigación de los acontecimientos en sí, o tiene como fin la creación de categorías con las cuales poder reagrupar las series de eventos, situaciones y desarrollos sociales?” E incluso: “¿es el individuo o la masa quien interesa al investigador histórico?”. Surge así el problema más general de si es el curso de la historia el que es determinado por las acciones de los individuos, o el individuo el que es instigado por el ambiente y las circunstancias temporales. Formulada de esta manera, la cuestión revela una naturaleza puramente filosófica, y la respuesta excede el ámbito de la indagación histórica.

La divergencia podría allanarse entonces de dos modos. Podría exigírseles a los fautores de las leyes históricas, de los ciclos de desarrollo y de los grados de civilización, que mostraran resultados precisos, resistentes a la crítica de los métodos históricos más consolidados. Pero sería una pretensión injusta en esta fase. Los principios de una disciplina aún joven podrían ser justos, incluso si todavía no fueran capaces de superar todas las verificaciones en el plano experimental. Condenar el rumbo de Lamprecht sobre la base de un juicio destructivo de su *Deutsche Geschichte* sería apresurado e injustificado.

Distinto sería el caso si los mismos principios se revelaran refutables mediante una comprobación de su valor lógico. Si así fuere, entonces la denominada “nueva disciplina” estaría

² Huizinga se refiere probablemente al rector del año académico 1903-1904, Ursul Philip Boissevain (1855-1930), catedrático de historia antigua. El informe de Boissevain del 19 de septiembre de 1904 fue publicado con el título de “Wettelijkheid en werkelijkheid”, en *Jaarboek der Rijksuniversiteit te Gröningen*, 1903-1904, pp. 3-15.

navegando en peores aguas. Y no puede negarse al respecto que, en los últimos años, le fueron propinados golpes y más golpes. Puede considerarse demostrado que la filosofía de los que se llaman a sí mismos “los jóvenes”, es decir el método positivista en la investigación histórica, está por cierto del todo superada.³ La exigencia de que la ciencia histórica se someta a los criterios de las ciencias naturales puede considerarse definitivamente rechazada. Una teoría independiente de las ciencias del espíritu ha sido reformulada sobre bases realmente sólidas por los estudios de Dilthey, Simmel, Windelband, Rickert y Spranger, para citar sólo los más recientes.

De estas consideraciones teóricas de la ciencia histórica, dos convicciones anclan con vigor en nuestra conciencia. En primer lugar, que la vida histórica nunca puede conocerse mediante nociones generales, sino sólo en la concreción de los actos reales, y que por ende el estudio de los acontecimientos singulares y de los individuos singulares deberá seguir siendo la ocupación principal de quien se dedica a la investigación histórica, aunque sólo sea como medio para llegar al conocimiento de lo que tiene validez general. En segundo lugar, la convicción de que el carácter universal de la ciencia histórica se daña cada vez que se adopta una regla sistemática.

Naturalmente sucede a menudo que la indagación histórica se pone al servicio de ciencias que disponen de normas sistemáticas, como por ejemplo la teología, la economía y la antropología. En esos casos los datos históricos son considerados sólo en relación con una exclusiva referencia central: la religión, la economía nacional, la raza. El método puesto en práctica implica un procedimiento de abstracción que únicamente tiene en cuenta las relaciones que convergen en el punto central elegido por cada una de estas ciencias, mientras que una serie de fenómenos, considerados indiferentes con deliberación, no son tenidos en cuenta. Pero actuando así estas ciencias no ocupan el *lugar* de la historia: usan los datos de la historia y, sistematizándolos a su gusto, a veces logran abrir nuevas perspectivas para la historia, pero ninguna de ellas tiene derecho a considerarse la ciencia histórica por excelencia. Ésta no prevé un punto central, como el descrito arriba, desde el cual examinar los hechos. El fundamento de su indagación debe seguir siendo la conciencia de la dependencia inescindible y sustancialmente insondable de todos los fenómenos psíquicos y sociales.⁴

Que la teología haya reivindicado el campo de la historia como dominio propio es un hecho de vieja data. Últimamente, en cambio, se escucha hablar más y más de las pretensiones de la economía, de la sociología y de la antropología. Cada una de estas ciencias sistemáticas cada tanto intenta imponerle a la historia su propio campo específico de trabajo como el históricamente determinante, y hasta intenta introducir un nuevo método histórico. Todas estas ciencias por cierto han enriquecido muchísimo la disciplina histórica con el aporte de nuevos materiales y de nuevos puntos de vista. La explicación de los hechos históricos desde el punto de vista económico se ha vuelto canónica. En toda investigación nos dirigimos a ese vasto estrato de causalidades históricas durante mucho tiempo sustraído a nuestra vista; y la primera pregunta es siempre acerca del “porqué económico”. Esto no quita sin embargo que

³ Cf. H. Rickert, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung*, Tubinga, 1902, pp. 331, 406; F. Gottl, *Die Grenzen der Geschichte*, Leipzig, 1904, p. 64.

⁴ E. Spranger, *Die Grundlagen der Geschichtswissenschaft*, 1905, pp. 112, 96; W. Wundt, *Logik*, Stuttgart 1880-1883, 1893-1895), II, p. II. Según G. Simmel (*Die Probleme der Geschichtsphilosophie*, Leipzig, 1905, p. 46), una concepción histórica sin un punto de vista establecido sería una práctica imposible.

la concepción histórica pura se mantenga independiente de éste como de otros puntos de vista, dado que ella sólo puede ser universal y carente de prejuicios.

Si el protestante más ortodoxo y el marxista más dogmático se propusieran indagar históricamente la influencia de las condiciones agrarias en la reforma de la iglesia, logrando que sus respectivos credos no influyeran en su juicio, se vería que, en igualdad de talento, dedicación y capacidad crítica, ninguno de los dos sería capaz de demostrar con medios puramente históricos, de manera diferente del otro, la existencia de un vínculo: la diferencia entre sus opiniones se halla en efecto *detrás* de las relaciones entre los hechos que pueden ser determinados con el método histórico.

Sin embargo, no puede afirmarse que las reglas, los tipos y las categorías creadas por las ciencias sistemáticas del espíritu como la etnología, la economía y la jurisprudencia no tengan valor alguno para la historia pura. Cuando Von Below dice que la misión encomendada al historiador es la de contradecir las construcciones de los sistemáticos, la afirmación suena demasiado categórica.⁵ ¿Por qué no podría usar esas construcciones a los fines para los que son útiles, y por lo tanto como hilo conductor para definir y reagrupar los hechos y las relaciones? Si una serie de fenómenos históricos pueden comprenderse más fácilmente, en su naturaleza común, cuando se reúnen en una fórmula, como por ejemplo los “niveles de desarrollo económico” (*Wirtschaftsstufen*) y los “sistemas empresariales” (*Betriebsysteme*) de Bücher, usemos entonces esta fórmula. Spranger, en su trabajo *Die Grundlagen der Geschichtswissenschaft*, dice justamente: “el hecho de que el descubrimiento del individualismo de Burckhardt haya suscitado tanto furor demuestra que la necesidad de disponer de más medios científicos, sobre todo de medios psicológicos, se percibe ahora como una necesidad apremiante para el progreso de la historiografía”.⁶ Evítase sin embargo el error de sustituir los inevitables medios artificiales por conceptos científicos bien definidos,⁷ y piénsese que el contenido de fórmulas semejantes está siempre originariamente conectado con esa variopinta plenitud de vida que está en permanente cambio y que desemboca en los acontecimientos históricos singulares.⁸

Recientemente ningún otro ejemplo de sistematización de fenómenos históricos ha sido tan comentado como la conocida serie de “épocas culturales” (*Kulturzeitalter*) de Lamprecht, que a mi parecer ha sido justamente dejada de lado. ¿El error consiste en haber ideado de por sí una serie semejante? Por supuesto que no. Aun si los términos de la serie son considerados insuficientes y unilaterales, ésta puede resultar útil de todos modos. A mí, por lo menos, la caracterización de la Edad Media germana a través de palabras como “tipismo” y “convencionalismo” me ha enseñado algo. ¿El error consiste entonces en haber pensado a priori esta serie? ¿Una categoría semejante puede concebirse de un modo totalmente inductivo? Sólo cuando un medio imperfecto, que ha sido forjado por la necesidad de aislar temporalmente una verdad profunda apenas descubierta, no es abandonado a tiempo, sino que es elevado por su creador a principio dogmático (y Lamprecht lo hace explícitamente),⁹ entonces una serie semejante se convierte en un error y en un gran peligro.

⁵ G. von Below, “Die neue historische Methode“, en *Historische Zeitschrift*, 81, 1898, p. 243.

⁶ E. Spranger, *Die Grundlagen*, cit., p. 95.

⁷ *Ibid.*, p. 124.

⁸ Cf. E. Meyer, *Zur Theorie und Methodik der Geschichte*, Halle, 1902, p. 27.

⁹ K. Lamprecht, *Die Kulturhistorische Methode*, Berlín, 1900, p. 26, y *Moderne Geschichtswissenschaft*, Friburgo, 1905, pp. 22 y ss., 77 y ss. Los defectos de la generalización de Lamprecht salen a la luz en los capítulos sobre el arte contemporáneo en el primer suplemento de su obra *Deutsche Geschichte*, Berlín, 1902.

He necesitado un largo prólogo para llegar a mi tema. El enfrentamiento entre las teorías ha llegado hoy al punto en que es necesaria una exposición explícita y completamente reconocida sólo para afirmar que la tarea principal de la ciencia histórica es la indagación de los acontecimientos singulares, no como tipos o casos particulares de un concepto general, sino por su importancia intrínseca. He hablado de *ciencia* histórica. Lamprecht ha intentado despejar el campo para su método “psíquico-social”, considerado por él como la verdadera ciencia histórica, dirigiendo hacia el arte toda la actividad histórica que se ocupa de lo individual.¹⁰ Según él, “lo singular, lo individual, sólo puede comprenderse artísticamente, y una investigación que lo tenga como objeto puede ser considerada por la *ciencia* histórica sólo en medida secundaria”.

Ésta ha sido una jugada por lo menos estratégica de parte del infatigable propagador. En efecto, los historiadores científicos temen más que nada que sus actividades sean incluidas entre las artes. Lamprecht no ha sido el primero en hablar de ello. La historia no entraba del todo en los cánones del concepto de ciencia que había sido tomado en préstamo de las ciencias naturales, y tenía, por el contrario, características inconfundibles en común con el arte. De aquí la pregunta acerca de si la historia es ciencia o arte; pregunta ya repetidamente formulada y que había sido repetidamente respondida. Se decidía por una u otra alternativa, pero por regla se omitía la tercera, es decir, que la definición de ciencia o de arte quizá pudiera no ser lo suficientemente clara y por ende la alternativa propuesta fuera errónea.

A mi parecer también Bernheim, en la disertación en la que defiende el carácter científico de la historia, le ha dado al concepto de arte una definición demasiado restringida, y eso hace que para él la distinción entre ciencia y arte sea más simple y obvia que para mí.¹¹

Para Bernheim, considerar la historia como un arte acarrea una gran confusión conceptual, y por ende combate esta opinión con diversos motivos. Incluso reconociendo que la fantasía juega un rol indispensable tanto en la historia como en el arte, distingue la fantasía del artista, que es completamente libre, de la del historiador, ligada al material, a la crítica y a la obligación de referir la verdad. Podría objetarse que ésta no es más que una diferencia de grados: si el límite se traza aquí, más de una de las ramas del arte se ubica del lado de la historia, como por ejemplo la arquitectura, en la que la fantasía es constreñida dentro de determinadas medidas y formas por un material rígido y por la exigencia de solidez y habitabilidad; o la retratística, que de un modelo debe ser capaz de reproducir su figura.¹²

Bernheim objeta, contra la posición apodéctica de Lamprecht que he citado antes, que el estudioso de historia, aun cuando indaga lo singular, no pierde de vista el desarrollo, el vínculo genético y el reconocimiento de las causas; el artista, en cambio, captura el caso en su aparición momentánea. Dado que he sido justamente yo quien ha puesto en tela de juicio la afirmación de Lamprecht, quiero sobrevolar la cuestión de si esta repartición tiene fundamentos o no.

Lo que todavía no me satisface del razonamiento de Bernheim es su mismo concepto de arte, que en mi opinión es demasiado académico y formal. Él suele pensar el arte como una

¹⁰ K. Lamprecht, *Die historische Methode des Herrn von Below*, Berlín, 1899, pp. 15, 49, y *Die kulturhistorische Methode*, cit., pp. 5 y ss., 25, 29, 35.

¹¹ E. Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode*, Leipzig, 1903, pp. 126-138, 571-589.

¹² De todos modos la libertad de la fantasía artística siempre está limitada: cf. A. Jolles, *Zur Deutung des Begriffes Naturwahrheit in der bildenden Kunst*, Friburgo, 1905, pp. 6 y ss.

aspiración consciente hacia la bella forma, como el deseo de proporcionar edificación estética, como la tarea de completar estilísticamente datos que presentan una coherencia imperfecta. Según Bernheim, el momento artístico se inicia sólo cuando el estudioso de historia, que mientras tanto ya se ha formado una visión de conjunto del material recogido, moja la pluma en el tintero para darle forma a la materia prima. Pero dado que Bernheim por un lado no quiere de modo alguno desterrar este momento artístico de la praxis histórica, pero por otro intenta trazar el límite entre la historia y el arte de la manera más neta posible, a menudo disminuye la importancia de la historiografía, en la que el elemento artístico es inevitable, en lo que concierne a la investigación histórica.

Me parece que la afinidad entre la historia y el arte es más estrecha de lo que deja suponer el razonamiento de Bernheim, que trata demasiado superficialmente el punto esencial, es decir el rol de la imaginación. De ningún modo quiero catalogar a la historia bajo el concepto de arte, ni en general ni con un significado restringido como hace Lamprecht. Más bien emplearía otro término en lugar de “arte”, y otro en lugar del adjetivo “artístico”, usado tan a menudo desatinadamente. Para la profunda comprensión de la vida que nuestro espíritu intenta abrazar completamente, esta vieja palabra amenaza con tornarse demasiado estrecha.

Ya desde el momento en que se forma la primera representación histórica, la primera *imagen* histórica, entra en juego el elemento común a la investigación histórica y al arte.¹³ Aun si la presencia de este elemento común influye sobre el carácter científico de la disciplina histórica, ¿para qué sirve discutir al respecto? “Puede ser del todo indiferente para la disciplina histórica –dice Eduard Meyer–¹⁴ decidir llamar a lo que la historia es en realidad con el nombre de ciencia. Para la historia es más que suficiente con existir y satisfacer, así como es, una necesidad incontestable de la humanidad.” Y Eduard Spranger: “Las ciencias nunca tienen sus raíces en preguntas formuladas de modo estrictamente intelectual, sino que se desprenden de la vida humana en su plena complejidad, y las ciencias del espíritu, en particular, no pueden huir de este vínculo”.¹⁵

No es la última vez que voy a citar a filósofos de la historia alemanes, dado que me propongo resaltar la analogía entre la visión que he intentado alcanzar desde un punto de vista estético, y los éxitos de la teoría del conocimiento.

Quizá no sea necesario darle al concepto de arte un significado más amplio como he propuesto antes. Los filósofos ya han extendido la noción de ciencia antes que nosotros, y también a través de este camino podemos alcanzar el objetivo. El hecho de que el vínculo entre historia y arte se reconozca más netamente desde el punto de vista filosófico que desde el histórico no es sorprendente. En primer lugar, la finalidad de la teoría del conocimiento ha implicado un mayor esfuerzo cognoscitivo de las funciones mentales y, en segundo lugar, los historiadores han sido, tal vez inconscientemente, poco explícitos sobre este punto. Temían que admitiendo demasiado dócilmente la presencia del elemento imaginativo en la historia, se legitimase esa horda de productos diletantes en los que la fantasía no nace de la profundidad del ingenio, sino de la ausencia de indagación y de crítica, y que desde siempre han constituido una seria amenaza para la historia. La tarea ineludible de los historiadores ha sido la

¹³ También para Simmel, *Die Probleme*, cit., p. 54.

¹⁴ E. Meyer, *Zur Theorie und Methodik*, cit., p. 23.

¹⁵ E. Spranger, *Die Grundlagen*, cit., p. VIII.

de hacer valer la obligación de atenerse rigurosamente a la verdad, y hacerlo incluso en oposición a un genio como Carlyle y a su impulso creativo, para quien las restricciones de la crítica eran demasiado limitadoras. Los filósofos, en cambio, no sobrellevaban semejante aprensión de carácter práctico.

Por estas razones hallamos una reflexión mucho más profunda en las consideraciones estrictamente filosóficas que en Bernheim. El concepto de “representación” (*Darstellung*) recibe un significado más amplio que el de exposición descriptiva, y es visto como el inicio de la actividad mental más propiamente histórica. Rickert no usa la palabra “representación” sólo para la forma exterior en la que se comunican los hechos, sino también para el modo de entenderlos, es decir de *captar* el significado y el vínculo entre los hechos.¹⁶ Se trata por ende de un proceso psíquico que se origina en la mente de todo lector competente. Que esta actividad no es idéntica a una simple concatenación de datos y de hechos verificados críticamente es tan evidente que no requiere ulteriores discusiones, tan evidente como que todo lo que tiene lugar en el cerebro del estudioso de historia en virtud de este proceso no se deja reducir a fórmulas lógicas.¹⁷ Una circunstancia semejante no puede sin embargo llevarnos a negar el carácter científico de esa actividad mental histórica, y a señalarla como arte.¹⁸

Cuando cada percepción de la realidad “no [es] reproducir sino transformar, y por ende siempre simplificar”,¹⁹ este proceso puede como mucho parecer un poco más radical en la actividad científica de la historia que en otras ciencias, pero en realidad es compartido por todas.

En la introducción a su *Probleme der Geschichtsphilosophie*, Georg Simmel define el tema de su libro como una crítica al realismo histórico para el que la ciencia histórica es una imagen refleja de lo acontecido así como éste ha tenido lugar en la realidad; realismo según el cual la historia reproduce realmente el pasado, al menos cuantitativamente concentrado. Simmel quiere demostrar que la “transformación” (*Umbildung*), gracias a la cual esa imagen teórica que nosotros llamamos historia es formada por la materia de la realidad inmediata y ya vivida, es mucho más radical de lo que la mente ingenua suele admitir.²⁰

“Transformación” es también la palabra con la que Lazarus había caracterizado el proceso psíquico efectuado por el historiador. “Es la metamorfosis de una masa de imágenes en otras imágenes: no es repetición total y simple clasificación, ni selección y reagrupamiento del material investigado, sino la libre creación de otras series de imágenes que poseen el mismo valor que la masa de la cual se ha formado su contenido”.²¹

La historia nunca fotografía el pasado: lo representa.

En efecto, podría concebirse que esta recreación de material histórico fuera posible a través de conceptos singulares descriptos lógicamente; en otras palabras, que la recreación fuera una función puramente intelectual. ¿Pero existen semejantes conceptos históricos? No, si se habla en el sentido lógico de conceptos generales obtenidos mediante la abstracción. ¿Podría llegarse de otro modo que con el análisis y la comparación? Ambos se topan en su cami-

¹⁶ Cf. H. Rickert, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung*, cit., p. 313.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 305, 314.

¹⁸ *Ibid.*, p. 389; también *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft*, Friburgo, 1899, p. 43.

¹⁹ *Ibid.*, p. 30 (“nicht Abbilden sondern Umbilden, und zwar immer vereinfachen”).

²⁰ G. Simmel, *Die Probleme*, cit., p. v; cf. también W. Dilthey, *Studien zur Grundlegung der Geisteswissenschaften*, en *Sitzungsberichte der Königlich Preussischen Akademie*, 1905, p. 322.

²¹ *Über die Ideen in der Geschichte*, en *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*, III, 1865, p. 402.

no con un obstáculo infranqueable causado por la coherencia compleja e insoluble de toda la historia: en el caso de la comparación, porque es imposible establecer equivalencias elementales entre los objetos comparados, y en el caso del análisis porque la última unidad histórica ante la cual un análisis profundo debe detenerse es justamente el problema complejo por excelencia, es decir el hombre o la acción humana. Por ende, no puede hablarse de conceptos históricos como generalidades definidas de manera lógica; pero es posible, en cambio, hablar de ellos en el sentido de ideas (*denkbeelden*) en las que se resume lo que de una realidad es cognoscible como elemento esencial, con el fin de tornar observable una pluralidad inasible. El lugar que en las ciencias naturales ocupa la definición rigurosa, lo ocupa aquí la formación de ideas lo más específicas posible (“die Ausgestaltung möglichst bestimmter individueller Anschauungen”).²² El hecho mismo de que se hable de ideas (*denkbeelden*) demuestra que detrás hay una función subjetiva de “imaginación”.²³ Las palabras poseen una gran elocuencia sólo si se olvida por un instante su uso ya deteriorado y se las ve como nuevas, apenas formadas para expresar un pensamiento nuevo.

Imaginación, visión histórica, sentido histórico: todas estas palabras hablan de la esencia más profunda de la formación de los conceptos históricos.

Una palabra como “imaginación” evoca en la mente con demasiada celeridad el proceso psíquico en su grado más elevado, y nos olvidamos con facilidad que también en la simple conexión de hechos históricos y funciones intelectuales se acciona una inexplicable disposición del espíritu.²⁴ Sólo una observación superficial puede reemplazar la interpretación histórica con una “explicación” puramente intelectual. La interpretación es lo que también ha sido llamado demasiado místicamente “el sumergirse de todas las fuerzas del alma en el sujeto”;²⁵ una actividad mental caracterizada por un inconfundible elemento racional. “El proceso mismo en el sentido inmediato –dice Spranger– escapa a todo análisis. La anticipación, el talento de la combinación, la “facultad de adivinar” (*Ahnungsvermögen*) del historiador (expresión preferida por Humboldt a la de ‘fantasía’), se unen a las intuiciones artísticas más enigmáticas”.²⁶

En efecto, me parece que sólo de esta manera podemos acercarnos a la esencia de la afinidad entre historia y arte; y es en esta dirección que Bernheim debería haber continuado su discurso. Es una cuestión secundaria si la historia también tiende, tal vez conscientemente, a la creación de la bella forma. Mucho antes de que el historiador comience a escribir, mucho antes de que el poeta ocupe su mente con el metro y la rima, entra en juego la disposición de espíritu que los liga: el vínculo no está en la forma en la que crean, sino en la manera de concebir y en la percepción. Durante la fase creativa la afinidad entre el trabajo del historiador y el del poeta se pierde de vista en su pureza originaria: finalidades completamente distintas los dividen. En la producción se reencuentran, dado que hacen uso de los

²² H. Rickert, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen*, cit., pp. 328, 384; cf. también *Kulturwissenschaft*, cit., pp. 44, 47.

²³ Huizinga reduce aquí la palabra holandesa *denkbeeld* a su sentido etimológico original: “imagen mental”.

²⁴ Un buen ejemplo puede encontrarse en E. Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode*, cit., p. 572.

²⁵ “Die Versenkung aller Gemütskräfte in den Gegenstand”.

²⁶ E. Spranger, *Die Grundlagen*, cit., pp. 80, 89 (“Der eigentliche unmittelbare Vorgang, ist garnicht zu analysieren, die Anticipation, die Verknüpfungsgabe und das Ahnungsvermögen des Historikers [wie Humboldt lieber statt ‘Phantasie’ sagen will], stehen in einer Reihe mit den rätselhaftesten künstlerischen Intuitionen”; además, pp. 19, 82, 125. Cf. G. Simmel, *Die Probleme*, cit., pp. 21, 38; E. Meyer, *Zur Theorie und Methodik*, cit., p. 2.

mismos medios para hacer mella en la capacidad imaginativa del lector. “La tarea del historiador –dice Windelband– consiste en revivir una imagen cualquiera del pasado en su carácter completamente individual como una presencia imaginaria. El historiador debe llevar a cabo, en relación con lo que una vez ha sido realidad, la misma tarea que el poeta debe llevar a cabo con lo que existe en su fantasía. Las raíces de la afinidad entre la creación histórica y la estética se hallan aquí”.²⁷ En ambos casos, en la obra de arte como en el relato histórico, el lector será estimulado a usar su fantasía para representarse con claridad un fragmento de vida, de modo tal que el contenido de la representación se extienda más allá de los límites del significado literal de lo que ha sido leído. El historiador debe justamente guiar la fantasía del lector con una combinación bien estudiada de los significados de las palabras, de modo tal de reducir al mínimo el margen para jugar subjetivamente con esas imágenes que quiere reproducir en el lector.²⁸

Para quien acepta lo que hemos dicho con respecto al nacimiento de la comprensión histórica, la inevitabilidad de un punto de vista subjetivo parece en seguida un dato de hecho. Si debemos suponer, a la zaga de Wundt, Simmel, Windelband, Rickert y Münsterberg, que la esencia del conocimiento histórico se limita a demostrar, contrariamente a la tarea de la explicación de los fenómenos naturales, la existencia de un vínculo comprensible psicológicamente entre los hechos históricos verificados por la crítica,²⁹ y por ende a “captar”, a “comprender” en oposición a “explicar”; y si además de esto “comprender” nace solamente gracias a “revivir” (*Nacherleben, Nachempfinden*),³⁰ entonces nuestra psique es la única medida constante de comparación.

Alcanzado este punto nos preguntamos qué es lo que el hombre puede revivir, y la respuesta es: nada más que la vida humana, pero de los hombres entendidos como individuos y no como grupos o clases.

Llegamos de nuevo, pero por otro lado, a la difícil cuestión que he abordado al comienzo: ¿cuál es el significado de la personalidad individual? Lo que nos interesa ahora no es el problema metafísico, sino el metodológico. No nos interesa la pregunta acerca de si la personalidad individual determina la historia o sólo es determinada; sino la pregunta acerca de si la manera en la que nace la comprensión histórica permite comprender los vínculos históricos sin aprender a entender a los individuos. Me parece que también quien le niega a la personalidad histórica la libertad de acción y su influencia específica, no escapa de todos modos a esta exigencia metodológica, y debe asegurar como indispensable el conocimiento de la personalidad histórica.

Aun si se quisiera admitir que no son las personas las que hacen la historia, éstas nos sirven para tornar comprensibles los fenómenos colectivos. ¿Cómo puedo entender las acciones humanas sino viendo actuar a los hombres? ¿Qué idea puedo hacerme de un período si no veo moverse personas dentro de él? Qué árida es la historia si sólo reconozco como importante los fenómenos colectivos. Quien quiere ver la verdadera vida histórica, y quiere ver permeado de vida todo lo que el historiador cree poder registrar con respecto a los vínculos genera-

²⁷ Windelband, *Geschichte und Naturwissenschaft*, p. 30.

²⁸ Cf. H. Rickert, *Kulturwissenschaft*, cit., p. 39; H. Münsterberg, *Grundzüge der Psychologie*, 1900, vol. I, p. 129.

²⁹ Wundt, *Logik*, II, p. 539.

³⁰ Windelband, *Geschichte und Naturwissenschaft*, p. 30; Rickert, *Kulturwissenschaft*, cit., p. 39; Münsterberg, *Grundzüge*, cit., I, pp. 123, 129; Simmel, *Die Probleme*, cit., pp. 20 y ss.

les y las fuerzas en la historia, comete verdaderamente un gran error si considera a lo particular como algo de menor valor.³¹

¿Queremos entonces ver a las personas sólo como ejemplares, como ilustraciones, como representantes de un determinado género?³² No, queremos más. Sólo una generalización unilateral y corta de vistas del principio que es propio de las ciencias naturales puede llevarnos a considerar a las personas y los acontecimientos particulares exclusivamente como números en una recolección de material. Para la historia, por lo menos si la consideramos así como es y no constreñida dentro de un sistema inadecuado, el objeto tiene un valor absoluto. No son los meros procesos los que suscitan nuestro interés, sino el contenido de las acciones humanas. Lo que importa no es ignorar las diferencias cualitativas de los objetos para luego investigar sus generalidades, sino comprender esos objetos, es decir comprender a los hombres y sus acciones, justamente en esa que es su particularidad individual.³³

La tesis según la cual sólo las comunidades humanas, los grupos y las sociedades forman el objeto de la historia roza el absurdo. En tal caso, entonces, podría interesarme por ejemplo la historia del monaquismo, y también la de los Benedictinos, o la de los Minoritas, o incluso la de los Espirituales, pero no la del mismo San Francisco, a menos que se lo considere en su calidad de representante del género, de aquel determinado suborden monástico. ¿San Francisco no podría interesarme en cambio como representante de un género al que todos pertenecemos, es decir como hombre?

Los límites de lo que vale la pena saber son por ende más amplios en la historia que en cualquier otra ciencia: detrás de la más pequeña unidad histórica experimentable queda siempre, de hecho, un espiral de vida humana de la cual podemos participar.

Es verdad que nuestro saber histórico está dirigido en mayor medida que en el pasado a reconocer corrientes, movimientos y desarrollos. Para nosotros la necesidad de reunir todo el saber especial en un gran conjunto es mayor que para la vieja historiografía erudita. Nosotros en seguida identificamos en la persona, el período, el tipo, la corriente de pensamiento. ¿Pero tiene esto como consecuencia que nos interese la persona sólo por lo que es típico en ella? En este caso el investigador debería considerarse personalmente satisfecho, como sucede en las ciencias naturales, en el momento en que está convencido de que otros antes que él han fijado el tipo con la seguridad necesaria; y debería a continuación operar con sus tipos sin sentir la necesidad de repetir desde el inicio la prueba empírica efectuada por sus predecesores. Todos saben que no es ésta la naturaleza del interés histórico, que en cambio nos impulsa siempre hacia la observación inmediata de la vida histórica misma.

Cuando estudio las grandes catástrofes ocurridas alrededor del 1300, pienso en “unidades de comprensión” como la idea de poder papal, la idea de pobreza apostólica, la naciente idea jurídica de Estado.³⁴ Y es un placer para mí seguir estas ideas en su continuidad, reencontrar el hilo aquí y allá; ver crecer la idea de poder desde Inocencio hasta Bonifacio y luego derrumbarse; ver en Celestino V el triunfo trágico de la idea de pobreza y a continuación su degeneración en el *Defensor pacis*. Pero qué sentido tienen estos términos altisonantes si

³¹ Below, *Die neue historische Methode*, cit., p. 239.

³² Lamprecht, *Die Kulturhistorische Methode*, cit., p. 25.

³³ Cf. Windelband, *Geschichte und Naturwissenschaft*, p. 35.

³⁴ Y eso sucede independientemente de la cuestión de si yo soy un ideólogo o un materialista histórico.

no veo las personas: ¡Bonifacio VIII, Jacoponte de Todi, Guillame de Nogaret! Yo sé de hecho que estas ideas son sólo formas de la comprensión en mi mente, puntos de vista relativos.

También por esto la historia de los individuos singulares es tan importante: no nos permite olvidar la relatividad de nuestros puntos de vista. He leído alguna vez en Michelet un caso histórico de poca relevancia, una de esas anécdotas que en su trivialidad tiene la marca de la verosimilitud. Trata de Robespierre. Muchos años después de la Revolución un joven le pregunta al viejo Merlin de Thionville cómo había podido tomar partido por la condena de Robespierre. El viejo calla, parece estar un poco disgustado; de repente se levanta con un movimiento violento y dice: “¡Robespierre! ¡Robespierre! ¡Ah...! Si hubieras visto sus ojos verdes, lo hubieras condenado como yo”.³⁵ Sólo quien ha visto los ojos verdes de Robespierre ha podido entender por qué el Incorruptible ha sido condenado. ¿Hay algo más adecuado para enseñarnos una verdadera motivación histórica, para advertirnos de cuán terriblemente parcial es nuestro accionar cuando reducimos a todos esos hombres llenos de odio y de cólera y de ilusiones a un manojo de potencias políticas o económicas? De modo totalmente explícito esta pequeña anécdota dice: “no olvides la pasión”.

En seguida se desmiente la tesis según la cual la personalidad de los héroes del espíritu tiene una importancia científica más duradera que la de los reyes, los guerreros y los diplomáticos. “Quiénes son hoy para nosotros Pericles o Augusto —exclama Lamprecht—. Nombres, nada más, etiquetas de grandes tiempos.”³⁶ ¡Qué retórica presuntuosa que se cree opinión científica! ¿Acaso literatura y arte nos han sustraído tanto de la vida que no logramos interesarnos más por una voluntad férrea o por una política fuerte?

Y a propósito de Robespierre, que es el misterio psicológico por excelencia: ¿toda personalidad histórica no debe ser siempre un misterio en su esencia? Esta pregunta hace surgir otra. Si penetrar psicológicamente en la personalidad tiene tanta importancia, mientras que el pleno éxito de esta penetración se considera imposible, ¿es entonces realmente trabajo de la interpretación histórica medirse con este problema? ¿No es más bien una tarea de la psicología? Y dado que la psicología es una ciencia aún joven, ¿es necesario esperar hasta que ésta sea capaz de manejar con la debida seguridad sus análisis y sus conceptos, y abstenerse en el interín de proveer motivaciones psicológicas sobre bases históricas?

Veamos qué piensan los mismos filósofos y psicólogos. Seguramente hay un número de servicios importantes que la psicología experimental puede ofrecerle a la investigación histórica. Por ejemplo el hecho de que algunas experiencias poseen una tendencia automática a modificarse cuando son recordadas, de modo que todos los testimonios históricos que conciernen a elementos cuantificables, es decir datos sobre la magnitud, fuerza, número y duración, muestran con el pasar del tiempo una tendencia evidente a expandirse.³⁷ ¡Cuán preciosa es esta información a la hora de juzgar fuentes históricas! También es precioso el rol que la necesidad de buscar motivaciones y de hacer cuadrar datos juega en la reproducción y transmisión de los hechos;³⁸ para no hablar de lo que podemos aprender sobre las cosas his-

³⁵ J. Michelet, *Histoire de la révolution française*, 1879, t. VI, p. 97 (“Robespierre! Robespierre!... ah! Si vous aviez vu ses yeux, vous l’auriez condamné comme moi”).

³⁶ *Über den Begriff er Geschichte...*, en “Annalen der Naturphilosophie”, II (1903), p. 267 (“Was sind uns heute noch Perikles oder Augustus: Namen, nichts mehr: Etiketten grosser Zeit”).

³⁷ Cf. W. Stern, *Beiträge zur Psychologie der Aussage*, I, p. 39. Cf. Ramsay, en “Historical Review”, 1903, p. 625.

³⁸ E. Bernheim, *Beiträge zur Psychologie*, cit., I, p. 248.

tóricas mediante el conocimiento de la sugestión, tanto la normal como la patológica. ¡Pien- sen en las grandes ideas fijas en la historia!

De todos modos esto no concierne, o sólo marginalmente, a la pregunta que he formu- lado antes. Los filósofos, y Rickert más que ninguno, consideran que la ciencia psicológica es de una escasísima relevancia para comprender el estado psíquico de los individuos histó- ricos con el fin de comprender mejor su accionar y su ser. Según Rickert, aplicar a las cien- cias históricas el método que es utilizado en psicología conduce necesariamente a pistas fal- sas; y en parte esto ya ha sucedido.³⁹ Las nociones de una teoría general explicativa de la vida interior son demasiado pobres de contenido para ser verdaderamente útiles para el historia- dor;⁴⁰ la ciencia histórica, como el arte, no quiere comprender la vida interior *en general* a través de conceptos, sino, en la medida de lo posible, *en particular* de manera intuitiva, y es- ta capacidad es del todo independiente de la experiencia en la psicología científica.⁴¹ Esta comprensión psicológica necesaria para el artista y el estudioso de historia no se deja reducir a fórmulas lógicas;⁴² es un arte que, aunque quizá sea posible perfeccionar su técnica remi- tiéndonos a la psicología científica, no se deja sustituir por una ciencia general de la vida in- terior. Tampoco podríamos comprender un proceso individual cualquiera si una teoría psico- lógica lograra explicar totalmente la vida interior utilizando conceptos generales.⁴³ Rickert sostiene que la psicología histórica existe, pero no es ciencia: como tal es impensable. Lo que cuenta es el “revivir” (*Nacherleben*), y esta manera de comprender excluye la clasificación que utiliza un sistema de conceptos generales. La psicología histórica tiene su punto fuerte justamente en la ausencia de sistematicidad.⁴⁴

Windelband no se expresa de manera muy diferente. Según él, la escasa precisión que se ha logrado alcanzar hasta ahora en la formulación de las leyes de la vida interior jamás ha sido un engorro para los investigadores históricos, quienes gracias a su natural conocimiento humano, a la finura y a la intuición genial, han sabido lo necesario para poder comprender a sus personajes y sus acciones. Windelband duda de que una formulación de las operaciones psíquicas elementales de tipo matemático-científico pueda llevar a resultados apreciables pa- ra la comprensión de la vida humana real.⁴⁵

Un punto de vista algo distinto es el que asume Spranger a la zaga de Dilthey y Simmel, al menos con respecto al punto esencial. También Spranger reconoce la necesidad de distinguir la psicología elemental de la psicología de la vida; y afirma que la psicología que adopta el his- toriador –y que se pone a su servicio temporalmente de modo absolutamente no sistemático, como una propiedad que nace de la experiencia y de la fantasía– no tiene que ver con verda- deros elementos psíquicos, sino con procesos muy complejos. El análisis histórico nunca se re- monta a los componentes más profundos sino que se detiene en lo que puede llamarse “fenó- menos de vida” (*Lebensvorgänge*). Sobre la base de éstos el historiador identifica ciertamente las dependencias y las relaciones, pero no aísla los factores abstractos en el complejo de los he-

³⁹ Rickert, *Kulturwissenschaft*, cit., p. 536.

⁴⁰ Rickert, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen*, cit., p. 536.

⁴¹ Rickert, *Kulturwissenschaft*, cit., p. 41.

⁴² Rickert, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen*, cit., p. 543.

⁴³ Rickert, *Kulturwissenschaft*, cit., p. 41.

⁴⁴ Rickert, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen*, cit., pp. 536, 188.

⁴⁵ Windelband, *Geschichte und Naturwissenschaft*, cit., p. 37; cf. también Münsterberg, *Grundzüge der Psycholo- gie*, cit., I, p. 131.

chos psíquicos.⁴⁶ De todos modos Spranger confía en la posibilidad (que yo menciono sólo por amor a la exhaustividad) de proveerle a la psicología histórica un motivo sistemático determinando de manera empírica ciertos tipos psicológicos: una posibilidad que parece efectivamente realizable pero que, en todo caso, todavía pertenece casi por entero al futuro.

Lo que suscita aquí nuestro interés es reconocer que en todo estadio de las actividades mentales, en la puesta a punto de los conceptos y en la interpretación de los datos el historiador debe recurrir continuamente a funciones psíquicas que van mucho más allá y que son mucho más inescrutables que una asociación de ideas estrictamente lógica. El conocimiento histórico nunca es una suma de nociones cronológicas y políticas; y la asociación de imágenes presente en la memoria nunca es simplemente una adición. Querer desterrar de la ciencia, reservando para ellos la etiqueta de “arte”, todos esos elementos no racionales que la historia utiliza para alcanzar su conocimiento es sólo una exagerada tendencia a la sistematicidad. Repensemos el término “arte” como hemos repensado el de “ciencia”. ¿Por qué llamar artística la percepción histórica que está indisolublemente ligada al operar de ese elemento irracional? No es artística como no lo es el arrebato ante un bello paisaje. Este malentendido sólo puede ser causado por confundir los conceptos “estético” y “artístico” (dos palabras feas para dos cosas bellas).

La ciencia histórica es capaz de contener también la fantasía y la percepción de la belleza, que no se dejan eliminar. Aun cuando el escritor no pretenda intervenir deliberadamente sobre la fantasía, su mensaje, cayendo en un terreno ya predispuesto, puede suscitar imprevisiblemente una imagen en la que el lector descubre un vínculo nuevo, que ni él ni quien escribe habían intuido al inicio. La imagen histórica tendrá siempre un color más vívido, más vivaz que lo postulado por la capacidad lógica de las palabras que producen la imagen misma. El contenido de la representación, suscitado por una descripción idéntica en lectores distintos, variará por lo tanto muchísimo de acuerdo con el conocimiento que ya está a disposición del lector y que se une a las ideas apenas aprehendidas; y variará de acuerdo con la disposición general del lector y de su tipo de estudios, que puede ser por ejemplo más teológico, más filosófico o más estético. “Mientras existe un único conocimiento de la naturaleza respecto del cual todo intento divergente de explicación es erróneo, hay en cambio numerosas maneras de comprender históricamente la misma serie de eventos; maneras probablemente semejantes de grado pero que difieren cualitativamente y que contienen todas la verdad, cada una sin embargo desde un punto de vista distinto”.⁴⁷

Por ende sería más justo, en vez de dividir la historia en jurídica, económica y filosófica, hablar de una visión jurídica, económica y filosófica de la historia. Queda en pie entonces la pregunta sobre si entre estos diversos puntos de vista hay uno más idóneo que los otros para llamarse punto de vista histórico general. Formulemos provisoriamente la pregunta en estos términos: ¿existe una disposición particular que se haya revelado como la más favorable y redituable para el desarrollo de ese factor irracional de la imaginación histórica que hemos reconocido como tan importante? La respuesta es obvia: la disposición estética es la que mejor prepara el campo para la facultad imaginativa histórica. ¿La “universalidad de la compasión” (*die Universalität des Mitgefühls*) de Ranke, que ha hecho que éste gozara de toda fuerza humana en su particular funcionamiento, no está quizá estrechamente emparentada con una actitud fuertemen-

⁴⁶ Spranger, *Die Grundlagen*, cit., pp. 25, 54, 72, 19; cf. pp. 21, 48, 82.

⁴⁷ Wundt, *Logik*, II, p. 540.

te estética? Esa inquietante cualidad de nuestra cultura que se denomina historicismo, ¿es distinta de una receptividad estética muy general e intensamente desarrollada? Estoy hablando de esa disposición que nos posibilita, en oposición a la fuerte unilateralidad de las generaciones anteriores, gozar al mismo tiempo de Van Eyck y de Rembrandt, del Rococó y de Mollet; ser racionalistas con Diderot y calvinistas con los Gueux. Es muy distinta de la neutralidad intelectual; es la unión entre la máxima objetividad alcanzable y un sentir fuertemente subjetivo.

Ahora no me queda más que precisar el tema de esta manera: ¿a qué grado de comprensión de los vínculos históricos puede llevar el punto de vista estético aumentando la claridad de la representación?

La clara representación (*aanschouwelijkheid*) es una condición básica para la formación de la comprensión histórica. Como dice Windelband, en el pensamiento científico natural prevalece la tendencia a la abstracción, en el pensamiento histórico, en cambio, la tendencia a la representación, es decir “la vivacidad individual de lo que está presente, de modo imaginario, ante los ojos de la mente”.⁴⁸ Mientras que en las ciencias naturales todo el saber debe ser fijado en principios rigurosos, entre los cuales la claridad de la representación sería más que nada un impedimento, la historia tiene otra tarea. Si esta última quiere alcanzar su objetivo, que es revivir el pasado, debe superar con conciencia los límites de lo que es reconocible por medio de conceptos⁴⁹ y hacer surgir ante los ojos del lector un conjunto claro de representaciones, en otras palabras, una *imagen*.

Sigamos todavía por un trecho este momento de la representación histórica en dos direcciones: primero, para lo que concierne a su valor en relación con la concepción histórica de la personalidad individual; luego, en relación con la concepción de los fenómenos colectivos y de los vínculos generales.

Para crear una imagen histórica es necesario saber extraer y captar de la multiplicidad de lo que es dado lo que pertenece esencialmente a un conjunto de fenómenos históricos, lo que torna comprensible la realización de este conjunto.⁵⁰ Cuando ese conjunto que nosotros intentamos comprender históricamente es un carácter humano, entonces la pregunta “¿qué elementos de la tradición tienen una importancia esencial para la comprensión psicológica?” recibirá respuestas diversas de los diversos investigadores. Quien no logre ir más allá de la comprensión de la diplomacia política o de la sabiduría práctica de la vida, quedará ciego frente a un gran número de características psicológicas que le podrían ser develadas por aquello que el pasado ha transmitido. Cuanto más fuerte es su fantasía psicológica y amplia y multilateral la vida de su espíritu, tanto más agudos son los descubrimientos que hace en el campo de las relaciones psíquicas,⁵¹ como también llegará a considerar históricamente interesantes particulares de cualquier otro tipo. ¿Pero qué es indispensable para poder relacionar con tanta agudeza los hechos históricos? Que se crea ver al hombre o su acción. Cuanto más vivaz es esta visión, tanto más fácilmente nace la intuición. ¿Cómo podría comprender el accionar de los hombres, tan complicado, irracional y pasional, si no es viendo a esos hombres? “La historia –dice Taine– es más o menos ver a los hombres de otro tiempo.”⁵² Y Michelet, con un

⁴⁸ Windelband, *Geschichte und Naturwissenschaft*, cit., p. 30.

⁴⁹ Rickert, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen*, cit., pp. 382 y ss., 142.

⁵⁰ Bernheim, *Lehrbuch*, cit., p. 148.

⁵¹ Spranger, *Die Grundlagen*, cit., p. 112.

⁵² “L’histoire c’est à peu près voir les hommes d’autrefois.”

tono más altisonante: “La historia es una resurrección”.⁵³ Pero la vivacidad de esa visión no es en absoluto proporcional a la suma de informaciones sobre las circunstancias y los trazos que he adquirido en torno de una persona. Cuántos hechos necesite el historiador para comprender a una persona “histórica” depende sólo de su juicio psicológico.

Las grandezas de las que hablamos son del todo imponderables. Justo en el momento en que se intenta penetrar a fondo en esta capacidad humana de entender a los otros a partir de sus acciones, nos damos cuenta de cuán inexplicable y misteriosa es esta capacidad.⁵⁴ Una vez más podríamos ser asaltados por la duda de si ésta puede entrar o no en el campo de la ciencia. Pero si por otra parte se observa cuán fácil y espontáneamente esta función actúa, y que justamente este juicio psicológico ha sido la fuerza más potente de todos los historiadores verdaderamente científicos, esa duda desaparece. Nadie dominaba mejor que Ranke el arte de descifrar un carácter histórico con pocos trazos y tornarlo evidente para los otros en su impronta netamente personal. Para verlo basta con hojear sus obras.⁵⁵

A esta altura es evidente que la necesidad de una clara representación aumenta cuanto más inusual es el carácter que se quiere entender. Gracias a una descripción bien lograda, un enigma psicológico que rehuye todo análisis, como Robespierre, puede ser por lo menos vagamente intuido en su naturaleza íntima. Pero aquí entra en juego otro elemento: qué cuerdas de nuestro ánimo pueden vibrar por lo que leemos. Leyendo la historia italiana del *Cinquecento* nos surge cada tanto la duda de si no nos hemos tornado demasiado “humanos” para entender la historia. Nosotros, los holandeses, debemos esforzarnos para identificarnos con la conciencia nacional de uno de los grandes estados actuales. ¿Qué podemos entender entonces de las mentalidades que han regido durante siglos como el sentido bárbaro de clase, el obsequio por derecho divino, el concepto feudal de servicio y fidelidad? Pidamos consejo a los poetas, que nos cuenten las tragedias históricas de Shakespeare cuál es la esencia de la majestad.

Una disciplina histórica que desprecie el medio sugestivo de la representación porque no lo quiere reconocer como medio científico perderá amplitud y profundidad de mirada. ¿Puede de ese modo volverse más científica?

Pasemos ahora al valor que la representación estética asume para el modo de concebir los fenómenos generales. Según Lamprecht, esa fuerza de imaginación histórica que no puede llamarse científica y que él confina al dominio de lo individual como “intuición artística” (*künstlerische Ahnung*) estaría aquí fuera de lugar. Lamprecht destierra la fantasía, ¡su dote más preciosa! ¡De qué púlpito viene la prédica! No es sólo el individuo el que, renuente a toda indagación, opone resistencia al análisis intelectual para poder ser sólo “intuido artísticamente”. Ni siquiera los vínculos generales se comprenden de modo estrictamente lógico; es más, la parte que la representación estética juega en la formación de una imagen histórica general es por el contrario mucho más importante. Tomen por ejemplo vuestra imagen general de la civilización egipcia; la verán formada casi en su totalidad por representaciones del arte egipcio. ¿Y el gótico no domina en gran parte la imagen general de la Edad Media? O bien inviertan la pregunta y pregúntense qué representación del siglo XIII tiene quien ha leído todos los repertorios papales y desconoce el *Dies irae*.

⁵³ “L’histoire, c’est une résurrection.”

⁵⁴ Cf. Simmel, *Die Probleme*, cit., pp. 20 y ss., 50 y ss.

⁵⁵ Buenos ejemplos en G. Lambeck, “Wie schildert der Historiker die Persönlichkeit“, en *Preussische Jahrbücher*, 1903, p. 282.

Imaginen que sólo disponen de nociones más bien escasas acerca del ocaso del mundo antiguo. Pueden ir entonces a leer libros sobre el tema para integrar esas nociones. Ahora, sin embargo, tienen la suerte de visitar Ravenna y de ver sus mosaicos. De ahora en más, cuando piensen en esos siglos verán siempre el mismo esplendor inmóvil, el destello del verde y del oro en San Vitale, el crepúsculo azul en el mausoleo de Galla Placidia. Vuestra imagen histórica de ese período está iluminada para siempre por esos recuerdos. ¿Estamos sólo frente a una inútil asociación de ideas o bien esos mosaicos nos ayudan verdaderamente a entender mejor la historia, es decir a verla? Considero que ha quedado suficientemente claro que entre los elementos constitutivos de nuestro conocimiento histórico no siempre se puede reconocer una concatenación lógica que permita acoger la segunda alternativa, por inescrutable que fuere. Ese saber de hecho jamás nace de conceptos esmeradamente creados mediante la abstracción y conectados entre ellos intelectualmente, sino que deriva siempre de asociaciones de ideas más o menos casuales.

De ninguna manera es mi intención sostener que el pasado deba ser estudiado partiendo de la historia del arte. No se trata de inferir del arte como fenómeno considerado separadamente una imagen del pasado, o de ver en el arte la única clave para entender el rumbo del espíritu del tiempo, sino de ver reflejadas en el arte imágenes obtenidas de un estudio multiforme de la tradición, o de verlas iluminadas por el arte. Mientras indaga el pasado en todas sus expresiones el historiador debe observar el arte del pasado y debe leer su literatura para aumentar la claridad de la representación. Debe, sin embargo, introducirse en la naturaleza, y caminar por prados y colinas hasta que sea capaz de ver resplandecer el sol también en el pasado.

Sin embargo, escucho objetar que el desarrollo de esta receptividad estética esconde en sí un gran peligro para el estudioso de historia: conduce al *hineindichten* (“interpretar subjetivamente”), crea imágenes falsas. Seguramente es siempre *the moonlight of memory* que ilumina el pasado. ¿Pero qué peligro es mayor, el de los malentendidos causados por una concepción histórica preponderantemente estética, o el que nace de las necesarias series de hipótesis reconstruidas lógicamente? Considero justa la segunda hipótesis. La visión estética crea subjetivamente imágenes muy diferentes, pero que se traducen relativamente poco en juicios claramente definidos capaces de influir sobre otros; estas imágenes permanecen recluidas en la cámara del tesoro de la conciencia subjetiva. Tómese esta frase de Herodoto: “Pero cuando Serse vio todo el Helesponto cubierto de naves, y todas las costas y las llanuras de Abido rebosantes de hombres, entonces se consideró bendecido, pero luego estalló en llanto”.⁵⁶ Nosotros lo vemos enseguida: el sol sobre las velas cándidas, el bullir de la masa de hombres, el resplandor de sus armaduras y las manchas rojas de sus prendas. Escuchamos también el sonido de sus voces, y el oleaje del mar, saboreamos el viento salobre. Y todo esto lo vemos *con los ojos del soberano*, y sentimos también su orgullo y su abatimiento. Si examinamos ahora nuestra capacidad imaginativa, notamos que los detalles que ésta nos pone involuntariamente ante los ojos son o controlables como verdaderos o bien son indiferentes para comprender lógicamente el conjunto. Sólo cuando estimulamos expresamente la imaginación hasta que la misma, sobrepasando el límite de la fantasía histórica, muta en fantasía artística, puede suceder que los elementos capaces de transformar la imagen en desmedro de la verdad histórica se agreguen a la representación.

⁵⁶ Cf. libro VII, cap. 45.

Consideremos ahora el peligro de las hipótesis. Cuando una hipótesis incorrecta es asumida como verdad histórica (lo que sucede necesariamente a menudo) crea una confusión creciente a medida que la hipótesis es ulteriormente desarrollada. Tómese, por ejemplo, la teoría del origen colectivo de la propiedad fundaria que ya vacila y está a punto de caer: se ha propagado por doquier, tanto en economía como en la historia de la civilización. Si debiera abandonársela entonces también debería reverse a fondo mucha literatura histórica. Éste es seguramente el caso de todas las ciencias, que no se desvalorizan sin embargo por el hecho de que su aparato de hipótesis debe ser continuamente renovado: es por el contrario un indicio de que la ciencia crece; y no pretendo subestimar las hipótesis. Nuestro conocimiento procede de la corrección continua de errores.

¿Pero el hecho de que los grandes pensamientos históricos inducidos por el enfoque estético no puedan ser ordenados en casillas hace que tales pensamientos no sean una ganancia para la ciencia histórica? ¿Quién ha percibido más aguda e íntimamente la verdadera esencia clásica del siglo XIII? ¿Quién la ha descrito mejor que Viollet-le-Duc? La comprensión estética ha señalado más de una vez el camino hacia la decodificación intelectual cuando se ha tratado de penetrar más a fondo en la historia. Las influencias estéticas han operado en los Grimm y en sus contemporáneos más que en cualquier otro. Nuestra imagen de la Edad Media puede ser muy diferente de la del Romanticismo, pero de la admiración estética ha brotado y crecido nuestra comprensión de la historia medieval.

Será quizá siempre así. En los últimos tiempos nuestros ojos se han abierto ante la belleza espléndida de Brueghel el Viejo. ¿Pero por qué somos conscientes de ello justo ahora? Con sorpresa hemos entendido de golpe que lo que vemos es algo más que una farsa infernal; que pertenece en cambio a lo que hay de más grande y profundo. Esta comprensión más rica no ha nacido de una práctica escrupulosa de la historia de la civilización del siglo XVI. Nos induce más bien a ver a futuro el *Cinquecento* holandés con una visión más neta, más versátil y más intensa, es decir de manera más plenamente histórica.

¿Es necesario entonces preocuparse porque un interés estético fuertemente desarrollado pueda menoscabar a la ciencia rigurosa? No es necesario, porque hay un interés ético que para el historiador es anterior a todos los demás: referir la verdad, o por lo menos lo que éste capta de ella. Lo que he intentado decir en esta sede sobre la teoría de la disciplina histórica no roza más que un punto de un problema inmenso. He dirigido mi luz sobre un único punto en un flanco del monte, y he intentado iluminar exclusivamente ese punto. Incluso si esa luz hubiera sido un reflector potente, de todos modos no habría iluminado el monte.

Perderse en el goce de lo bello no es el trabajo cotidiano del historiador. Mañana deberemos abandonar el panorama que nos ofrece la teoría y dedicarnos de nuevo al trabajo crítico de excavación. Pero conservamos el recuerdo de ese panorama, de cuán grande y bello es el mundo a nuestro alrededor. Cada tanto debemos dispensarnos del trabajo asiduo que nos limita para darnos cuenta una vez más, a la luz de la teoría, de que nuestras fuerzas son pocas, mientras que la historia es universal, y para sentir de nuevo la gran responsabilidad del historiador, quien, cuanto más claramente vislumbra que sólo dispone de un juicio subjetivo, tanto más dirigirá los ojos hacia el ideal de verdad objetiva que reposa en su alma. □